

NUEVO sistema de CALEFACCION



El único calefactor que lanza sobre la superficie del suelo aire caliente radiante en todas direcciones.

Regula automáticamente la temperatura ambiente elegida por usted.

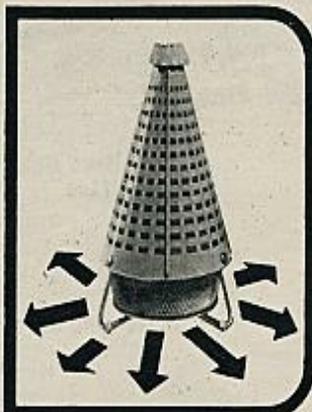
Seguridad total. Está completamente aislado contra el calor y la electricidad.

Mínimo consumo; cómodo, práctico y facilidad de manejo.

Para corriente alterna de 125 ó 220 V.

mod. **OSTRA**

(made in Germany) Patentado



CALEFACTOR-RADIANTE

Hispano Suiza

TEMPERATURA AMBIENTE A SU GUSTO

publicidad-sintax



TEATRO

dos pequeñas victorias

ESTA semana tengo dos temas de los que quiero escribir: «La feria del come y calla», de Alfredo Mañas, y «Pygmalión», de Bernard Shaw. Como el espacio es breve y bastaría uno de ellos para colmarlo, opto por señalar sus aspectos esenciales. En primer lugar, es necesario subrayar el hecho de que un dramaturgo que ha estrenado dos obras largas, y que figura entre nuestros autores jóvenes, como Alfredo Mañas, haya dedicado su esfuerzo —que yo sepa sólo Muñiz, entre los autores «en juego», ha hecho también teatro infantil— a una obra para niños. No quiero hacer crítica ni meterme en comparaciones fastidiosas (¡la manía de comparar!) entre lo que aquí y en otras partes se hace en esta materia. Mejor es algo que nada. Y el Teatro Nacional de Juventudes —que empezó a funcionar en marzo del 60— cumple el buen propósito de estrenar la obra de un joven autor español conocido y el confiarla a un director —Ángel Fernández Montesinos—, unos actores y unos decoradores profesionales. Importaría mucho que se tratase de una primera etapa y que se consideraran pronto algunos extremos. Uno, por ejemplo, la necesidad de llegar a los niños de todas las condiciones sociales. Otro, igualmente fundamental, la asimilación de las precisiones pedagógicas —por ejemplo, la división de edades de los destinatarios, o la superación de los ancestrales y en ocasiones monstruosos simplismos sobre «lo que gusta a los niños», de los que son ejemplo muchas películas «toleradas para menores» y aún propuestas desde las pantallas de televisión— hechas en otros países, donde el teatro infantil —Holanda, por ejemplo— cuenta con una serie de realidades asombrosas. El Teatro Nacional de Juventudes, contando con la protección económica del Estado, debe, pues, plantearse una serie de cuestiones fundamentales. Nadie en España, en la etapa que uno ha vivido, estuvo en condiciones de hacerlo. Y a nadie en concreto pudimos tampoco ni alentar ni exigir.

Respecto al «Pygmalión», de Bernard Shaw, estrenado por Marsillach en el Goya, me gustaría empezar por agradecerle el que en esta ocasión cumpla con una máxima que rara vez se da desde los planteamientos industriales y privados de nuestro teatro: hacer lo mejor posible algo en lo que se crea.

Su espectáculo está por encima de nuestro nivel medio. En realidad, con los de Turgúniev y Figueiredo marca nuestra actual línea de teatro discutible, como todo, pero siempre respetable y, en mayor o menor medida, por unas u otras razones, oportuno. Son los títulos más interesantes de la cartelera de Madrid.

¿Por qué no se ha representado Shaw con más frecuencia en España? A mi modo de ver, hay tres razones que lo explican. Una, su escaso respeto a las «reglas» tradicionales de la «carpintería» teatral. Otra, la condición intelectual de sus diálogos; siempre más importantes que la acción. Una tercera, es que si Bernard Shaw le exige al espectador salir de su modorra y le pide una actitud de lucidez y atención, es para proponerle una crítica que, en la mayoría de los casos, había de dañar a un público como el nuestro. Bernard Shaw, igual que Ibsen, concebía ya su teatro como una forma de intervención en la sociedad, como un fermento de la evolución, y esto —en Inglaterra, la censura prohibió sus primeras obras durante varios años— se contraponía a una concepción del teatro como «tranquilizante», como pudoroso arte de «lo bonito».

Quizá con parecer esta última la razón más sustancial, haya sido, para explicar la ausencia de Shaw de los escenarios españoles, la menos decisiva. Lo «grave» de Shaw ha estado en su rebeldía contra el drama sensible y emotivo —por eso es un disparate ver «Pygmalión» como una historia «de dos», como una variante sobre el «pygmalionismo», fuera de la implacable y, en el drama, fundamental dureza crítica con que trata Shaw al profesor Higgins—, en su desprecio de ciertas reglas del viejo manual de la «teatralidad».

En esta columna, obligadamente esquemática dada la riqueza de los temas abordados, sólo quería —sin espacio para comentar «Pygmalión», desde nuestra circunstancia y analizar con detalle la representación— señalar este tanto positivo de Adolfo Marsillach, otras veces embarcado en la mediocridad de nuestro ambiente.

J. M.